

naria: el sueño poético de Petrarca se ha trocado en la exacta pintura del profundo y perfecto amor conyugal, tal y como subsiste aún en Inglaterra, tal y como siempre le han representado todos los poetas, desde el autor de la *Nut Brown Maid* hasta Dickens (1).

III

Un Petrarca inglés: tal expresión, á propósito de Surrey es la más exacta, tanto más exacta cuanto que denota su talento al par que su alma misma. En efecto; como Petrarca, el más antiguo de los humanistas y el primero de los escritores perfectos, lo que Surrey aporta es un nuevo estilo, el estilo viril, síntoma de una gran transformación del espíritu; porque ese modo de escribir es consecuencia de una reflexión superior, que, dominando el primer impulso, calcula y elige en vista de un objetivo. Al presente el espíritu se ha hecho capaz de juzgarse, y se juzga. Vuelve á tomar entre manos su obra espontánea, obra infantil é incoherente, incompleta al par que redundante, y la fortifica y traba, la poda y perfecciona, desentrañando la idea dominante para despejarla y sacarla á luz. Así hace Surrey, y á ello le ha preparado su educación; porque, además de Petrarca, ha estudiado á Virgilio, traduce, casi verso por verso, dos libros de la *Eneida*. En semejante compañía, no hay más remedio que ex-

(1) Greene, Beaumont y Flechter, Webster, Shakespeare, Ford, Otway, Richardson, de Foe, Fielding, Byron, Dickens, Thackeray, etc.

purgar las ideas y ceñir las frases. A imitación suya, mide los medios de atraer la atención, de auxiliar á la inteligencia, de evitar la fatiga y el aburrimiento. Prevé la última línea al escribir la primera. Reserva para el último toque la expresión más vigorosa, y marca la simetría de las ideas con la simetría de las frases. Ora dirige la mente mediante una serie de oposiciones continuas hasta la imagen final, especie de arqueta brillante donde deposita la idea que llevaba y que ha venido enseñando desde el momento de partir (1). Ora pasea á los lectores hasta el término de una larga y florida descripción, para detenerlos de repente en un verso triste (2). Maneja los recursos y sabe producir los efectos; hasta tiene versos clásicos de esos en que dos sustantivos, acompañado cada uno de un adjetivo, se equilibran alrededor de un verbo (3). Reune sus frases en periodos armoniosos, y piensa en el deleite de los oídos como en el deleite de la inteligencia. Merced á inversiones, aumenta la fuerza de las ideas y la gravedad del discurso. Escoge los términos elegantes ó elevados; no transige con palabras ociosas ni frases redundantes. Encierra una idea en cada epíteto y un sentimiento en cada metáfora. Hay elocuencia en el desarrollo regular de su pensamiento; hay música en el acento sostenido de sus versos.

Ha nacido, pues, el arte: los que tienen ideas poseen ahora un instrumento capaz de expresarlas; como los pintores italianos que, en cincuenta años, han importado ó descubierto todos los procedimientos técnicos del pincel, los escritores ingleses van á importar ó descubrir en medio siglo todos los artificios del len-

(1) *The frailty and hurtfulness of beauty.*

(2) *Description of spring. A vow to love faithfully.*

(3) *Complaint of the lover disdained.*

guaje: el período, el estilo elevado, el verso heroico, y á poco la gran estancia; de tal suerte que después los versificadores más perfectos, Dryden y el mismo Pope, no añadirán casi nada á las reglas inventadas y aplicadas desde esos primeros ensayos (1). Pero Surrey se aproxima y se sujeta aún demasiado á sus modelos; le falta mucho para ser libre; no ha sentido todavía el soplo ardiente del siglo; no se ve en él un genio audaz, un hombre apasionado que se desfoga, sino un cortesano, aficionado á la elegancia, que, cautivado por las bellezas de dos literaturas acabadas, imita á Horacio y á los maestros selectos de Italia, corrige y pule y se esmera en hablar bien el lenguaje escogido. Luce entre semibárbaros un traje de gala; pero no le lleva aún con entera desenvoltura; tiene los ojos demasiado fijos en sus modelos, y no se atreve á permitirse los ademanes francos y desembarazados. A veces es un novicio: abusa de los hielos y de las llamas, de las heridas y de los martirios; aunque enamorado, y de veras, piensa en demasía que debe serlo á la manera de Petrarca, y sobre todo que una frase debe ser armoniosa, y que una imagen debe ser sostenida; me atrevería á decir que, en sus sonetos, ese tímido adorador piensa con más frecuencia en escribir bien que en amar bien. Usa frases conceptuosas y palabras de relumbrón; emplea giros manoseados; cuenta cómo Natura, después de formar su dama, rompió el molde; pone en juego á Cupido y á Venus; maneja los añejos artificios de los trovadores y de los antiguos, como hombre ingenioso que quiere pasar por galante. Apenas hay espíritu que desde el primer momento se atreva á proceder por cuenta propia:

(1) Surrey, ed. Nott. Notas del Dr. Nott.

cuando aparece un nuevo arte, el primer artista, en vez de oír su corazón, escucha á sus maestros, y se pregunta á cada paso si sienta bien el pie en el suelo firme ó si es que resbala.

IV

Insensiblemente se efectúa el desarrollo, y al fin del siglo todo ha cambiado. Se ha formado un estilo nuevo, extraño, recargado, que va á reinar hasta la restauración, no sólo en la poesía, sino también en la prosa, incluso en los discursos de ceremonia y en las predicaciones teológicas (1); un estilo tan conforme con el espíritu de la época, que se encuentra al mismo tiempo en toda Europa, en Ronsard y D'Aubigné, en Calderón y Góngora, en Marini. En 1580 apareció *Euphues, la anatomía del espíritu*, por Lyly, que fué su manual, su obra maestra, su caricatura, y objeto de admiración universal (2). «A él debe nuestra nación, dice Eduardo Blount, el haber aprendido un nuevo inglés. Todas nuestras damas fueron discípulas suyas. Una beldad de la corte que no supiese hablar el euphuismo era tan poco considerada como la que hoy

(1) Discurso del speaker al rey Carlos II en su restauración. Compárese con los discursos de M. de Fontanes bajo el imperio. En ambos casos vemos una edad literaria que acaba. Léase como ejemplar el discurso pronunciado ante la universidad de Oxford. (*Athenae oxonienses*, I, 193.)

(2) Su segunda obra, *Euphues and his England*, apareció al año siguiente, 1581.

no sabe hablar francés.» Las damas sabían de memoria todas las frases de Euphues, singulares frases rebuscadas y refinadas, que son enigmas, para los cuales parece buscar el autor deliberadamente las expresiones menos naturales y más remotas, cuajadas de exageraciones y de antítesis, en que las alusiones mitológicas, las reminiscencias de la alquimia, las metáforas botánicas y astronómicas, todo el fárrago, todo el revoltijo de la erudición, de los viajes y del amaneramiento se atropellan en un diluvio de comparaciones y de *concelli*. No vayáis á juzgarle por la grotesca pintura que hizo de él Walter Scott: sir Percy Shafton no es más que un pedante, un frío y pálido copista; y lo que da á este lenguaje un aire sincero y un acento es su calor, su originalidad; debemos figurárnosle, no muerto é inerte, sino retozando en los labios de las damas y de los jóvenes señores de jubón bordado de perlas, vivificado por su vibrante voz, por sus risas, por el destello de sus ojos y el ademán de las manos que jugaban con la cazoleta de la espada ó retorcián el manto de raso. Están de vena, la mente les rebosa, y se divierten, como hacen hoy á sus anchas, en un taller, artistas vehementes y nerviosos. No hablan por convencerse ó comprenderse, sino por desahogar su tensa imaginación, por dar salida á su savia exuberante (1). Juegan con las palabras, las retuercen, las deforman, y se deleitan con las súbitas perspectivas, con los bruscos contrastes que hacen brotar unas tras otras continua é indefinidamente. Derraman flor sobre flor, oropel sobre oropel; todo lo que brilla les agrada; doran, bordan y empenachan su lenguaje, como su vestido. De la claridad, del orden,

(1) Véanse los jóvenes en Shakespeare, sobre todo Mercucio.

del sano discernimiento, ni la menor preocupación; se trata de una fiesta y de una locura; les place el absurdo. Nada más sabroso para ellos que un carnaval de magnificencias y de extravagancias; allí todo se co-dea: una alegría ruidosa, una expresión tierna y triste, un idilio, un trompetazo atronador de fanfarrón descomunal, una zancada de payaso. Los ojos, los oídos, todos los sentidos, ávidos de curiosidad, exaltados, hallan alimento y satisfacción en el soniqueo de las sílabas, en la irradiación cambiante de las expresiones pintorescas, en el choque inesperado de las imágenes raras ó familiares, en la marcha majestuosa de los períodos equilibrados. Cada cual se forja entonces sus juramentos, sus elegancias, su lenguaje. «Diríase, escribe Heylin, que se avergüenzan de su lengua materna, y no la estiman bastante matizada para expresar los caprichos de su mente.» Nosotros no concebimos ya esa invención, ese atrevimiento de la fantasía, esa continua fecundidad de la sensibilidad vibrante; no hay verdadera prosa entonces; la poesía desbordada lo invade todo. Una palabra no es una cifra exacta, como entre nosotros, un documento que de gabinete en gabinete transmite un pensamiento preciso; es parte de una acción completa, de un pequeño drama: cuando la leen, no se la figuran sola, sino con el sonido sibilante ó clamoroso de la voz, con el pliegue de los labios, con el fruncimiento de las cejas, con la serie de pinturas que tras esa palabra se apiñan, y que ella evoca como la luz de un relámpago. Cada cual la pronuncia y gesticula á su modo, imprimiendo allí su alma. Es un canto que, como el verso de un poeta, contiene mil cosas aparte de su sentido literal, y revela la hondura, el calor y los destellos de la fuente de donde ha surgido. Porque en aquel tiempo, aun tra-

tándose de hombres adocenados, sus obras son vivas: siempre palpita algo en los menores escritos de ese siglo; son en él cualidades inherentes el vigor y el fuego creador; al través de los énfasis y afectaciones, se traslucen; ese mismo Lyly, tan enrevesado, que parece escribir expresamente á despecho del sentido común, es á veces un verdadero poeta, un *cantor*, un hombre capaz de arrobamientos, un congénere de Spenser y de Shakespeare, uno de esos soñadores despiertos que ven interiormente «hadass bailadoras, la mejilla purpúrea de las diosas, y esos embriagados bosques que cierran sus senderos para detener en sus espesuras los ligeros pasos de las doncellas (1)». Ayúdeme y ayúdese el lector; de lo contrario, á mí me es imposible hacerle comprender lo que los hombres de aquel tiempo tuvieron la fortuna de sentir.

V

Superabundancia y desorden: he ahí los dos caracteres de ese espíritu y de esa literatura, caracteres comunes á todas las literaturas del Renacimiento, pero más acentuados aquí que en otras partes, porque la raza, que es germánica, no se halla contenida, como los pueblos latinos, por el amor á las formas armoniosas, y prefiere la impresión enérgica á la bella

(1) *The Maid's metamorphosis:*

Adorned with the presence of my love,
The woods, I fear, such secret power shall prove.
As they'll shut up each path, hide every way,
Because thy still would have her go astray.

expresión. Forzoso es elegir entre esa multitud de poetas. He aquí uno, uno de los primeros, que patentizará en sus escritos como en su vida las grandezas y las locuras de las costumbres reinantes y del gusto público: sir Felipe Sidney, sobrino del conde de Leicester, un gran señor y un hombre de acción y de cabal cultura, que, después de recibir una educación profunda de humanista, ha viajado por Francia, Alemania é Italia; ha leído á Platón y Aristóteles; ha estudiado en Venecia la astronomía y la geometría; ha meditado las tragedias griegas, los sonetos italianos, las poesías bucólicas de Montemayor y los poemas de Ronsard, y se interesa por las ciencias, sosteniendo una correspondencia epistolar con el docto Huberto Languet. Amén de esto, es hombre de mundo; un favorito de Isabel, que ha hecho representar en honor suyo una pastorela lisonjera y cómica; un verdadero «joyel de la corte», árbitro como D'Urfé, de la alta galantería y del bien decir; por encima de todo, hombre de alma y de conducta caballerescas, que quiso correr con Drake las aventuras marítimas; y destinado, por remate, á morir joven y como héroe. Era general de la caballería, y había salvado al ejército inglés en Gravelinas; á poco tiempo de allí, herido mortalmente y abrasado de sed, cuando le llevaban agua, vió á su lado un soldado aún más herido que miraba aquel agua con ansiedad: «Dádsela á ese hombre, dijo; la necesita más que yo.» Añádase á esto la vehemencia y la impetuosidad de la Edad Media, una mano pronta á la acción y puesta siempre sobre el puño de la espada ó del puñal. «Señor Molineux, escribía al secretario de su padre, si llevo á saber alguna vez que habéis leído una carta mía sin mi consentimiento ó sin orden de mi padre, os hundiré mi daga en el cuerpo;

y cuenta que hablo seriamente.» Es el mismo hombre que declaraba á los adversarios de su tío que «mentaban descaradamente», y, para sostener su dicho, les daba cita de allí á tres meses en cualquier punto de Europa. La energía salvaje de la edad precedente, subsiste intacta, y por eso la poesía prende con tanta fuerza en esas almas vírgenes: nunca son tan hermosas las cosechas humanas como cuando el cultivo abre un suelo nuevo. Hombre apasionado además, melancólico y solitario, propende por naturaleza á la meditación noble y vehemente, y tan poeta es, que lo es fuera de sus versos.

VI

¿Expondré su epopeya pastoril, *La Arcadia*? No es más que un pasatiempo, una especie de novela poética escrita en el campo para entretenimiento de su hermana, obra de moda, y que, como nuestro *Ciro* y nuestra *Clelia*, no es un monumento, sino un documento. Esa clase de libros no muestran más que las exterioridades, la elegancia y la cortesía corriente, el dialecto de la alta sociedad; en resumen: lo que hay que decir delante de las damas. Y, sin embargo, en ellos se ve la tendendencia del espíritu público: en *Clelia*, el desarrollo oratorio, el análisis delicado y sostenido, la conversación abundante de personas tranquilamente sentadas en buenos sillones; en la *Arcadia*, la imaginación tormentosa, los sentimientos exagerados, el tropel de acontecimientos, que corresponden á hombres apenas salidos de la vida semibárbara. Efec-

tivamente: todavía se disparan pistoletazos en las calles de Londres, y en tiempo de Enrique VIII, de su hijo y de sus hijas, se arrodillarán bajo el hacha del verdugo reinas, un protector y los primeros de los nobles. La vida armada y azarosa ha opuesto en Europa larga resistencia al advenimiento de la vida pacífica y tranquila, y ha sido preciso transformar la sociedad y el suelo para trocar en hombres civiles á los hombres de espada; los caminos reales de Luis XIV y su ordenada administración, como más tarde los ferrocarriles y los polizontes, son los que han dado al traste con nuestros hábitos de violencia y nuestra afición á las aventuras peligrosas. Tened presente que á la sazón las cabezas están llenas aún de imágenes trágicas. *La Arcadia* de Sidney encierra bastantes para dar asunto á seis poemas épicos. «Era un juego, dice Sidney: yo desfogaba mi cerebro de joven.» En las veinticinco primeras páginas encontráis un naufragio, una historia de piratas, un príncipe medio ahogado recogido por los pastores, un viaje por Arcadia, disfraces, el retiro de un rey que se ha confinado en una soledad con su mujer y sus hijos, la salvación de un mancebo prisionero, una guerra contra los ilotas, la celebración de una paz, y otras muchas cosas. Proseguid, y veréis princesas encarceladas por un hada perversa que las vapulea y amenaza de muerte si se niegan á casarse con su hijo; una hermosa reina condenada á morir en el fuego, si no van á salvarla caballeros que se designan; un príncipe pérfido torturado en castigo de sus fechorías y precipitado después de lo alto de una pirámide; combates, sorpresas, raptos, viajes, todo el contingente, en fin, de las novelas más novelescas. Eso por lo que toca á la parte grave; la agradable corre parejas: por doquiera reina la fantasía,